



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 24 DE MAYO DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Guardianes y banquetes

CUANDO LOS ÁNGELES TE HABLAN
OLGA DE LEÓN

“Los ángeles, si existen, no creo que vivan en el cielo, la bóveda celeste es demasiado fría y está tan lejos como para que ellos quieran vivir en desapego de sus seres queridos. Los ángeles que yo conozco están muy cerca de nosotros y aunque no siempre los vemos, ellos siempre nos miran y cuidan que no hagamos demasiadas tonterías, cosas locas o desatinadas que nos lleven a perder la cabeza o, de plano, toda la materia que nos conforma como seres humanos... ¡y vivos!”.

“No sé cuántos más puedan estar de acuerdo con mi teoría. Tampoco me importa que así sea o no; cada quién cree en lo que piensa y duda de lo que otros sostienen como sus teorías, creencias o ideas... eso es otro rollo, es el rollo de cada cual. Bastante tengo con los míos propios, para preocuparme de lo que piensan o no piensan los demás. Pero eso sí, como digo lo uno también lo otro. Uno nunca sabe cuándo está en lo cierto o anda algo errado. Ustedes tienen la última palabra (fin de la exposición)”.

De pronto, entre los asistentes se escuchó en voz alta, lo suficiente como para que todo mundo pudiera oírlo, a un hombre que habiéndose puesto en pie, exclamó: ¡Eso!, ¡así se hace y se dice! Usted me entiende, ¿verdad? Si no, de qué le sirve ser conferencista. ¿O, le estoy exigiendo mucho?

El hombre aquel que me abordó mientras yo bajaba del estrado, sin esperar respuesta, se regresó al asiento que ocupaba. Alcancé a verlo llevarse una mano al pecho y la otra a la sien derecha. No supe si por dolor o preocupación. Así se quedó durante un par de minutos. Nadie más parecía haberse percatado ni de su intervención ni de su presencia en primera fila.

Ahora vendría el análisis y la crítica a lo que la audiencia me había escuchado decirles. Me acomodé en un sillón que estaba ligeramente inclinado hacia los comentaristas sin que dejara de estar también viendo al público, y esperé con relativa calma; el hombre aquel había logrado internamente perturbarme.

Casi no pude escuchar los comentarios. Creo que me fueron favorables, les gustó tanto el tono de mi charla, como las ideas verdaderas a lo largo de casi cuarenta y cinco minutos, es lo que entendí. El público aplaudió mucho tiempo... Nunca supe por qué, si lo que había dicho contradecía en mucho lo que las mayorías defienden como la biblia de su diario vivir: “trabaja, cumple, persevera y alcanzarás”.

Yo había dicho que eso representaba una de las grandes mentiras de la vida. Y, que era un instrumento repetidamente usado justo por aquellos a los que, bien poco o nada, les costó alcanzar cuanto quisieron, gracias a la domesticación y el engaño de quienes eran sus víctimas (empleados, les llaman ellos).

Y no me limité a señalar que tal estrategia es usada no solo laboralmente,



sino llevada hasta la intimidad del hogar, de su privacidad, incluso la de sus creencias y su moral. Casi, casi te dicen qué debes vestir, comer, a qué paseos ir, a cuál templo asistir...

Critiqué que quienes no saben de rectitud, honorabilidad, fidelidad, sencillez y humildad, en una palabra, de humanidad y cercanía con los desprotegidos, son los que exigen eso y más a sus subalternos.

En fin, ahora ya no importa qué dije y qué no. Lo que importa es que todos oyeron lo que cada uno quiso escuchar. Sí, por absurdo que parezca, creo que así fue. Por eso a todos les encantó la charla. Ya que al parecer, nadie me oyó decir entre líneas y de forma irreverente: “esta es una sociedad hipócrita que apesta porque está podrida; en total y absoluta decadencia: esta terrible pandemia, el coronavirus, la enterrará”.

¿Qué sucedió en realidad ese día que me invitaron a hablar de mi filosofía de la vida? He pensado mucho acerca de ello, últimamente. Y creo haber resuelto el dilema. Mis ángeles estaban entre la audiencia y la distrajeron lo suficiente para que no entendieran del todo lo que estaba diciendo. Quizás ellos temían que perdiera no solo mi trabajo, sino algo más valioso: la confianza en mi pobre sabiduría... No lo sé.

Pero hubo un Ángel que se les rebeló, mi favorito de esa noche, al que nadie vio ni escuchó, salvo yo. Y quedo tranquila de que sí dije, lo que dije, porque él me lo confirmó con su intervención... y de que no contradije mis principios hereda-

dos de muchas generaciones atrás. Herencia de toda una legión de ángeles que murieron temprano y, se quedaron por siempre, a mi lado. De ahí que lo sé de cierto y defiendo mi tesis: los ángeles no viven en el cielo, arriba es demasiado frío y ascético.

Se quedan a nuestro lado, solo tienes que mirar y escuchar atento cuando alguien, que no pertenece a la media ni al común denominador, te habla.

SIN SABORES
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

La tempestad en el refrigerador acabó cuando los niños cerraron el congelador y cada uno salió de la cocina con una paleta de hielo en la mano: sabores limón, naranja, fresa y manzana, entre muchos otros. Junto al fregadero, el cocinero lavaba los últimos platos de la comida. Se escuchaba el chocar de la cristalería y el agua fría corriendo del grifo hasta perderse por el resumidero. En el patio de la mansión, la música de un grupo que animaba la fiesta interpretando canciones de los noventa, permitía la liberación de energías en la pista de baile, y el sonido del bajo rebotaba en las casas del vecindario, para luego dirigirse al cerro verde frente a la colonia, espaciándose sobre las hojas de los árboles e impregnándolas de un sabor a sal amarga.

Treinta familias habían asistido al cumpleaños de Luisa, la hija del Dr. Troncoso. A sus veintidós años, había realizado viajes a Europa, África y

Medio Oriente; pero se reprochaba no tener definida una profesión en la vida. Su padre pensaba que quizás no la necesitaba: administrar los negocios de la familia podría hacerlo sin una carrera. Solo tendría que aprender a evaluar el trabajo de los otros.

En la cocina, el chef observaba el agua correr y pensaba en Luisa y en la noche que habían pasado juntos. Había sucedido dos semanas atrás, una noche de locura para Luisa en la que arribó tarde a casa, traída de una fiesta por el chófer de su padre. Se encontraba eufórica luego de la noticia: había conseguido invitación para un evento privado en el que cantaría Mariah Carey. Luisa descendió del auto cantando “We Belong Together”. Deseaba, de alguna manera, compartir su felicidad. Y era consciente de que ocupaba un lugar secreto en el corazón del cocinero: un joven seis años mayor que ella: apuesto, delgado y de músculos marcados.

Aquella noche, el cocinero dormiría en la mansión del Dr. Troncoso, en el cuarto que se le tenía asignado para las ocasiones en que finalizaba tarde y le quedaban tareas pendientes por realizar más temprano de lo normal.

Se encontraron el uno al otro mientras él se dirigía a su cuarto y ella ingresaba por la puerta de entrada. “Toda una vida estaría contigo”, creyó escuchar decir el joven chef, al toparse por sorpresa con ella; pero en realidad no había mencionado nada.

En la oscuridad congelada, ella acarició su hombro, sonriendo, sabiendo lo que provocaría. Él se lanzó al despeñadero y ella no pensó en oponer resistencia. El pez nadó kilómetros sin dirección, sin nada que temer; mientras la noche se deshacía en pedazos, arrancaba sus raíces y arrojaba sus estrellas al mar.

Luisa no despertó en la cama de él. Esa misma mañana: la indiferencia; la caída sin fondo. La cotidianidad volvió a la normalidad de rutina: El confinamiento, la cocina: las salsas, carnes y bocados delicados. Pero si nada de eso había conquistado a Luisa antes, no lo haría más adelante. Los días ratificaron su dolorosa eternidad y no hubo algún poema de sabores que alborotara otra sonrisa en ella.

La tarde del cumpleaños, los niños regresaron al congelador por más paletas. El cocinero los observó detenidamente. Llegó a pensar en la paternidad. Hipnotizado, dejó caer al piso el trapo con que secaba sus manos cuando vio entrar a Luisa a la cocina. Ella no sonrió. ¿Podemos hablar?, le preguntó él. Quiero que recuerdes aquella noche como una muestra de cariño y nada más, respondió Luisa, para luego salir de la cocina.

A los pocos días, la pena le hizo abandonar su trabajo. Renunció agradecido. Viajó durante meses por antiguos pueblos, por caminos de ida, con el alma hablándole al oído, escuchando que algún día, aquella ingrata historia sería un cuento sin sabores que contar.



Amado Nervo

Juan Crisóstomo Ruiz de Nervo, conocido como Amado Nervo, nació el 27 de agosto de 1870 en la ciudad de Tepic, Nayarit. Su padre murió cuando él contaba trece años, lo que causó serios apuros económicos a la familia. Estudió en el Colegio de San Luis Gonzaga, en Jacona, y después ingresó al Seminario de Zamora, en el Estado de Michoacán, donde permaneció desde 1886 hasta 1891.

Inició su carrera periodística en El Correo de la tarde de Mazatlán, labor que compaginaba con el trabajo en un despacho de abogados.

En 1894 se trasladó a Ciudad de México. Colaboró en la revista Azul de Manuel Gutiérrez Nájera y se relacionó con los principales colaboradores mexicanos como Luis G. Urbina, Tablada, Dávalos, y con algunos extranjeros como Rubén Darío, José Santos Chocano y Campoamor. Formó parte de la redacción de El Universal, El Nacional y El Mundo.

Su fama se inició con la publicación de su novela El bachiller en 1896 y de sus libros de poesía Perlas negras y Místicas en 1898.

Entre 1898 y 1900 fundó y dirigió con Jesús Valenzuela la Revista Moderna, sucesora de Azul.

En 1900 viajó a París, enviado como corresponsal del periódico El Imparcial a la Exposición Universal. En París conoció a su gran amor Ana Cecilia Luisa Daillez, con la que vivió diez años y cuya prematura muerte en 1912 le inspiraría los poemas de La Amada Inmóvil, publicado póstumamente en 1922.

Pudo viajar por Europa como corresponsal y dedicarse a la poesía hasta que el periódico le canceló la corresponsalía y tuvo que volver a México donde ganó una plaza de profesor de lengua castellana en la Escuela Nacional Preparatoria.

Hacia 1905 ingresó en la carrera diplomática como secretario de la embajada de México en Madrid. Residió especialmente en Madrid donde trabó amistad con el director de la revista Ateneo Mariano Miguel de Val y escribió artículos para ésta y otras muchas revistas y periódicos españoles e hispanoamericanos.

En 1914 la Revolución interrumpió el servicio diplomático y se impuso su cese. Regresó en 1918 y volvió a ser reconocido como diplomático, por lo que poco después fue enviado como ministro plenipotenciario en Argentina y Uruguay. Llegó a Buenos Aires en marzo y murió en Montevideo, el 24 de mayo de 1919, a los 48 años. Su cadáver fue conducido a México por la corbeta Uruguay. Fue sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres el 14 de noviembre de 1919.

Poeta, autor también de novela y ensayo, al que se encasilla habitualmente como modernista por su estilo y su época, clasificación frecuentemente matizada por incompatible con el misticismo y tristeza del poeta, sobre todo en sus últimas obras.

ad pédem literae

“Busca dentro de ti la solución de todos los problemas, hasta aquellos que creas más exteriores y materiales”

Amado Nervo

Letras de
buen humor

“Todo el mundo comete errores. La clave está en comerlos cuando nadie nos ve.”

Peter Alexander Ustinov

Mónica Lavín

A fin de cuentas

No se había vivido un tiempo anterior donde los números importaran tanto en las vidas de todos. Ahora la cucharada diaria de Mary Poppins no es dulce ni hace pasar mejor las realidades amargas, es una cucharada de cifras. No sólo sabe feo, está cargada de la amenaza de muerte, del territorio minado que es allá afuera, de lo enemigo que se han vuelto los que respiran, hablan, ríen y tosen a nuestro alrededor. El inglés Ian McEwan subrayó cómo se han metido en nuestro vocabulario términos técnicos que no sabíamos que existían, como aplanar la curva, inmunidad de rebaño. Nuestro espectáculo diario es el despliegue visual, la coreografía siniestra de barras y curvas donde nos aferramos a la orilla del asiento como cuando subíamos en el carrito de la montaña rusa (por cierto también letal en la Feria de Chapultepec el año pasado) esperando la cúspide que nos llevará al descenso; a suspirar con un alivio macabro que hay menos muertos por día.

A fin de cuentas, hacemos cuentas todos los días, al anochecer, al amanecer, decimos números y porcentajes como si nos hubiéramos especializado en estadística, y registramos el transcurso de los días con un inusual tesón contable. Aquí no hay cuentas regresivas que son las de la esperanza, aquí hay números para desayunar, números para cenar y para marearse. (¿Por qué el gobierno no dedi-

ca, acabada la emergencia sanitaria, esa misma saña informativa para compartir el arte y la ciencia, para que nos volviéramos espectadores agradecidos de las hazañas de lo humano, en lugar de poner a debate, por ejemplo, si se apoya el cine mexicano, entre otras cosas? Deberían replantearse el exceso comunicativo al que ahora estamos sometidos porque entre mañaneras y crepusculares ya no sabemos si sólo somos un paréntesis: un país de descalabros sostenidos por palabras.)

Y entre número y número, insomnio y menús, desinfectadas, videoconferencias, clases en línea, chats, minutos de ejercicio, libros, listas, llamadas que no hacíamos, cancelaciones e intenciones de sobrevivir aprovechando (no todos, lo sé) el silencio, los no trasladados, que el tiempo está de nuestro lado, los que nos dedicamos a ello, queremos escribir. Arrojarlos a la novela con esa concentración que siempre le estamos reclamando a la vida, o a inflar las ideas de cuentas que esperan latentes bajo las tapas de un cuaderno. Ni siquiera tenemos que preocuparnos del arreglo, del pelo pintado, de estar en pants todo el día (es mentira porque nos ven por Zoom y entonces hacemos el esfuerzo); pero podemos declararnos ausentes, de hecho, el trajín cotidiano ya nos puso en modo virtual. Podríamos escabullirnos de casi todo y meternos al mundo narrativo con un trote



largo, desparramado, como si el mundo se hubiera detenido y el único que funcionara fuese ese, el de nuestra imaginación, el de las posibilidades de las palabras.

Pero sucede que no, que entre la numeralía y las curvas, la cuenta progresiva y la lejana normalidad que conocíamos, no nos podemos abandonar a las palabras como si nos abstrayésemos del mundo, en un acto de libertad y rebeldía. Es que no somos libres y rebeldes en este momento. Vivimos encarcelados por los números con que el mundo se nos cuenta ahora. Por la conciencia de que pertenecemos a uno de las cifras: sospechosos, contagiados, confinados, inmunes o muertos, con suerte

sobrevivientes. Una sensación de ruleta rusa paraliza el juego con la vida y escribo apenas unas líneas como cuerda de salvación.

Eso sí, celebro que me inviten a proyectos como Ipstori (<https://ipstori.com/>), donde hay cuentos y crónicas para leerse y para escucharse (y reparte despensas como apoyo a la violencia contra mujeres). O que la antología de cuentos Ligeros de equipaje <https://es.bookmate.com/books/ib6FrIgt?dscvr=es-lanzamientos-de-la-semana-book> salga de manera virtual para hacer del viaje literario una manera de estar en estos días. Una fugaz manera de dejar de hacer cuentas.